



PARA REFLEXIONAR EN FAMILIA



Queridas familias de nuestro Colegio Santa Elena:

Hace 10 años un poco más de dos minutos cambió nuestra vida y nuestro presente. El terremoto del 27 F, marcó un antes y un después para muchas personas. Todavía podemos hablar de esa noche como si lo hubiéramos vivido recientemente. Dos minutos ¿Qué son en la vida de cualquiera de nosotros? Y sin embargo, fueron tantas las cosas que cambiaron. Y ahora, ¿cuánto mide el virus del coronavirus? ¿Cuál es su peso? ¿Qué volumen tiene? ¿Qué estridencia tiene? Y sin embargo, nos tiene a todos preocupados, interrumpiendo nuestra vida habitual, atentos a las informaciones del ministerio de salud, leyendo y releendo una y mil veces los datos, los síntomas, las causas.

Para nosotros personas de fe, nuestra pregunta no es ¿por qué?, sino ¿para qué ocurren las cosas y se desarrollan los acontecimientos? ¿Qué podemos aprender de cada situación? ¿Qué nos está enseñando la vida en medio de esta realidad? Dios habla en la historia y camina con nosotros en estos momentos. Él es el Dios de la historia, que se unió a nosotros asumiendo todas nuestras vicisitudes, se hizo hombre y vivió la contingencia de toda persona.

Así como dos minutos de terremoto nos cambiaron, hoy este pequeño virus no está cambiando también.

El valor de la vida, se nos ha impuesto con urgencia. Nuestra vida tantas veces desvalorizada, tantas veces maltratada, tantas otras denigradas, tantas veces desaprovechada, hoy se nos impone. Tenemos miedo porque este virus pone en peligro: nuestros segundos, minutos, horas, días. Los tiempos de ayer y de hoy de pronto se nos vuelven vulnerables, pero es la misma vulnerabilidad de siempre. Y hoy tomamos conciencia que nuestra vida es más valiosa que las cifras de crecimiento económico, más valiosa que las estadísticas de éxito, más valiosa que la prepotencia del poder abusivo. Es valiosa porque es nuestra vida.

La importancia de nuestros viejos y viejas, abuelos y abuelas o como cortésmente los llamamos: adultos mayores. Hasta hace unas semanas nuestros viejos vivían en la indiferencia de una sociedad que los tiene en muchos casos solos, pobres y abatidos. Hoy esta enfermedad los ha vuelto a poner en su lugar. Ellos son fundamentales, tenemos que cuidarlos, protegerlos, incluso tenemos que cuidarnos nosotros, para cuidarlos a ellos. Nuestra responsabilidad o irresponsabilidad puede salvarles o no su vida. ¿Pero esto debiera haber sido siempre? ¿Cuándo nos perdimos?

Estar juntos en casa se nos ha vuelto esencial. Hemos tenido que aprender a disfrutar juntos, a gozar la presencia de cada uno las 24 horas al día. Ahora que no nos podemos tocar, valoramos lo que significa un abrazo, un beso, un apretón de manos. El valor del trabajo en equipo, las personas con las que compartimos todos los días.

El gozo de ser ciudadanos, responsables y corresponsables los unos de los otros. Caminar por las calles, por las plazas, el uso del transporte público. Yo afecto la vida de los demás y los demás afectan mi vida. Ahora que tenemos que estar a un metro de cualquier persona, nos damos cuenta del tiempo perdido de cuando podíamos estar más juntos. Ser constructores de la sociedad y del bienestar de todos es algo precioso. Porque yo soy responsable de la salud de los demás.

Por último, el valor de las cosas sencillas. Pensemos que algo tan común como lavarse las manos o taparse con el antebrazo la boca al estornudar o toser, y botar en la basura los papeles usados están salvando vidas, es una abofeteada a la espectacularidad con la que evaluamos nuestra vida, la vida de los demás y del mundo. En lo sencillo y humilde está escondida la vida.

Queridas familias, esta pequeña reflexión debe ser completada por ustedes, por lo que ustedes están viviendo día a día.

Simplemente quisiéramos ayudarlos a vivir este tiempo con esperanza y guardar todos los aprendizajes que esta situación nos está entregando.

Volvemos a señalar que Dios camina con nosotros, Él es el Señor de la Historia.

EQUIPO PASTORAL